

[Entrevista]

A propósito de los cincuenta años de la publicación de *Apocalípticos e integrados* Entrevista a Umberto Eco

Traducción: ANA MARTA BALLESTER
Facultad de Filosofía y Letras (FFyL)
Universidad de Buenos Aires (UBA)
✉

A cincuenta años de la felicísima y riesgosa fórmula del título de *Apocalípticos e Integrados*, resulta interesante releer el pensamiento de Umberto Eco, no lo escrito hace medio siglo solamente, sino su propia relectura del tema, en los dichos que siguen.

Es curioso que este ensayo escrito y publicado en los años sesenta, anticipara tan lúcidamente las problemáticas y los cuestionamientos de la posmodernidad y en especial de las consecuencias que la Web tuvo en nuestras vidas y en la dinámica de la cultura de masas que hemos resumido en el título de este número como «memoria débil».

La entrevista que sigue es la traducción de un coloquio mantenido en julio del 2014 por Daniela Panosetti y Massimo Casali y publicada parcialmente en el número 10 de *Comunicazione Culturale* (Milano: ICS Magazine).

En este caso, como en otros temas conexos, encontramos un Eco que sin desdecirse de lo afirmado hace cincuenta o cuarenta años trata de modular ciertas lecturas que no invalida (pues «el texto es abierto»; «el texto está ahí y produce sus propios efectos») pero que intenta reorientar para no caer en lo que denominará en los años noventa, «el riesgo de la sobreinterpretación» o sea «afirmar que el texto dice lo que explícitamente el texto dice que no dice».

Curiosamente, según Eco, es la ausencia de confrontación crítica, el achatamiento en el presente inmediato, la falta de adecuados filtros al exceso informativo lo que caracteriza la actual cultura de masas determinada por la Web. Es por ello que, reutilizando las categorías de medio siglo atrás, se considera «"Apocalittico" sì, ma solo a metà. Una "cura" infatti c'è: pasarse dall'indiscriminata presa di parola ad una consapevole «presa» di memoria», es decir, recordar, reflexionar, criticar para poder así escapar a la dictadura del presente absoluto, sin ayer y sin mañana.

Como sea, se abre la polémica y resta solamente señalar una obviedad: a principios de los años sesenta ya se vislumbraban los riesgos de «la galaxia Guttemberg» pero suponemos que con el surgimiento y difusión de la Web a fines del siglo XX, se superaron todas las predicciones, sean las apocalípticas o las integradas y es en este punto forzoso, justamente, donde da inicio la entrevista que sigue.

HRM

Apocalípticos e integrados cumple cincuenta años. Mientras tanto se ha producido la revolución de la web, que, además está decirlo, ha provocado la enésima declinación de esta dicotomía. La segunda era de la fase digital, sin embargo, con su sociabilidad intrínseca, pareciera favorecer actitudes más «integradas». Hay todo un panteón de metáforas y palabras clave —apertura, colaboración, intercambio— que son percibidas connotativamente como «buenas en sí», constitutivamente salvadoras. Pienso en particular en la metáfora del intercambio, que es la más potente y que ahora ya incluso ha llegado a tocar también a la economía. Un fenómeno interesante, aunque también peligroso, ya que amenaza con debilitar la ya frágil capacidad de crítica del actual consumo de medios de comunicación masivos. ¿Qué piensa al respecto?

La función de cada cultura es la de producir un crecimiento colectivo. Tal crecimiento, sin embargo, aún en plena libertad de expresión (de lo contrario se habla de dictadura, no de verdadera cultura), se articula siempre como una continua crítica de la toma de la palabra de otros.

Es el modelo ideal del diálogo socrático: uno se levanta y dice su parecer, luego otro, ya sea el maestro un amigo o cualquier otra persona, se levanta y, a su vez manifiesta su desacuerdo, y así sucesivamente. Esto, desde luego, se aplica tanto para la sociedad como para los individuos: también la cultura personal necesita de la crítica. A los jóvenes escritores, por ejemplo, les desaconsejo siempre esperar una primera publicación surgida de la nada: necesitan primero ponerse a prueba, hacerse conocer, intervenir en el debate local, escuchar opiniones, modificar lentamente el propio modo de ver, pensar y escribir, hasta que un buen día, será la editorial misma quien les solicite publicar un libro.

La cultura, en definitiva, es una continua interacción entre la libre toma de la palabra y la crítica de dicha toma. Lo que está sucediendo con la Web, por el contrario, es que se está idolatrando el ideal de la absoluta toma de la palabra, sin ningún control por parte de los otros. Queriendo ser malo —o apocalíptico— podría decir que es el triunfo de dar la «palabra al imbécil». Pero esto no es cultura. En realidad: el imbécil puede también hablar y hasta incluso enseñar en la universidad, siempre que permanezca para los otros la posibilidad de refutar, contestar, instalar modelos alternativos.

Con estas formas de pseudo-participación, sin embargo, cualquiera expresa lo que le viene a la cabeza, a veces también permitiéndose tonos y contenidos ofensivos; con lo cual se corre el riesgo de hacer caer el presupuesto fundamental de la democracia, es decir, la asunción que no todo aquello que se

dice está bien. Quien teoriza lo contrario, propugnando la pura toma de la palabra como única forma de expresión, ha de hecho renunciado a la democracia —y por lo tanto a la cultura democrática— como crítica de las opiniones.

Uno de los argumentos más fuertes de los apocalípticos de la Web concierne a los nativos digitales, en particular, la presunta mutación antropológica que comportaría el hecho de nacer en este contexto de los medios masivos de comunicación. Personalmente, lo que me sorprende no es tanto la capacidad precoz de los niños de aprender la gramática (incluso gestual) de los medios digitales, sino las consecuencias cognitivas de esta enorme e inmediata disponibilidad de contenidos, en particular los efectos sobre la memoria individual: un tema que Usted mismo ha afrontado recientemente, con una «carta abierta» a su nieto.

El problema es que asistimos a una enorme crisis de la memoria colectiva. Basta pensar en los cuatro jóvenes que hace un tiempo, durante un concurso televisivo, interrogados acerca de un episodio de la vida de Mussolini, no sabían en modo alguno en qué época colocarlo. ¡Ninguno recordaba que había muerto en 1945! Ahora, no es que las generaciones anteriores supieran la fecha exacta de la muerte de Napoleón, pero desde luego sabían más o menos colocarla respecto de la expedición de Garibaldi o al comienzo de la Segunda Guerra Mundial.

La memoria colectiva, no obstante, entra en crisis porque entra también en crisis el placer de la memoria individual. Quien no sabe cuándo murió Mussolini probablemente no esté interesado en recordar siquiera lo que ha hecho el verano pasado. Ni mucho menos le importe saber qué ocurrió con sus padres y abuelos.

Cuando yo era niño, aprendí muchas cosas interesantísimas acerca de la Primera Guerra Mundial sólo escuchando los relatos de mi madre: mi memoria personal se confrontó con retazos de memoria de otros, permitiéndome construir un plano de recuerdos compartidos, del cual forman parte tanto las canciones que cantaba mi madre como el día del atentado de Sarajevo.

El niño que vive frente al monitor de la computadora y ya no escucha a su madre cantar sufre al mismo tiempo una pérdida de la memoria individual y la colectiva. De aquí la provocación en la carta a mi nieto: memoriza *La Vispa*

Teresa no tanto porque sea importante conocer el contenido, sino porque permite ejercitar la memoria, sea o no relevante su contenido.¹

¿Cuánto tiene que ver esto con la exasperante simultaneidad en que estamos inmersos?

Probablemente mucho: el riesgo de nacer una generación interesada en conocer sólo el presente. Hace un tiempo un amigo me dijo, un poco provocativamente, que releendo mi novela *El péndulo de Foucault* quedó estupefacto frente a mi descripción de un teléfono público. ¡Había olvidado que en un tiempo, para telefonar fuera de casa, existían las cabinas de teléfonos! He aquí un buen ejemplo de nivelación cultural en el presente. No es que mi amigo hubiese olvidado en sentido absoluto, pero había desactivado aquel recuerdo particular porque era incompatible con un presente al cual tendemos a adherir en modo excesivo.

Y si para algunos esto lleva al olvido del pasado, para otros —para los más jóvenes— conduce a la ausencia de interés por lo que ha sido. No sé hoy cuántos jóvenes sabrían decir cuándo llegaron los celulares, pero estoy dispuesto a apostar que muchos encontrarían una gran dificultad para sólo figurarse una época en la cual similares complementos no existían.

Es indudable, sin embargo, que para aquellos que conservan curiosidad y predisposición a cultivar la memoria, la red representa un reservorio enorme de material. Pienso por ejemplo en la obsesión nostálgica por el vintage, la búsqueda de un pasado en forma «re-mediada» o reelaborada y catalizada a partir del uso de los productos de medios de diferentes épocas: una especie de memoria de segunda mano, compuesta de experiencias, de hechos, jamás vividos. Un poco

¹ *La vispa Teresa* (literalmente «La avispada Teresa») es un poema popular, con rasgos dialectales y populares, posiblemente de tradición folclórica, recogido en su versión literaria hacia 1850 por el poeta Luigi Sailer. Fue muy popular en Italia, cantado por los niños en las escuelas y en juegos de ronda. Se refería a la historia de una niña traviesa, aburrída y no conforme con su vida diaria: «La vispa Teresa/ avèa tra l'erbetta/ a volo sorpresa/ gentil farfalleta (...)». Luego en 1917, el poeta satírico romano Carlo Alberto Salustri (conocido como Triulussa) continúa esta poesía (que en su versión original constaba de diecinueve o veinte versos) volviéndola crudamente irónica y crítica, pues la niña traviesa se convierte en su vida adulta en una mujer fatal, de vida liviana, pero siempre sola. Como vemos, poesías como ésta encierran —como por lo general los poemas y cuentos populares— mucho más que un juego de palabras o de memoria colectiva; sintetizan crudos problemas sociales no presentes a veces en otras áreas de la cultura. (Nota del Editor).

como cuando, a fuerza de escuchar hablar de él, se llega a conocer el contenido de un libro que en realidad nunca se ha leído.

Ciertamente se puede usar Internet para cultivar la memoria colectiva en este sentido, mientras haya interés. El punto es, una vez más, mantener la capacidad de crítica, que es, antes que nada capacidad de discernimiento, de diferenciación.

Pensemos en esto: en cada cultura ha existido siempre una elite que tenía acceso a arsenales de memoria y, por lo tanto, al saber, y otra masa más o menos amplia que quedaba excluida. Hoy sucede que tenemos nuevamente una elite, que utiliza críticamente los instrumentos informáticos y cultiva conscientemente la memoria y el conocimiento, y una masa que no lo hace no porque le haya sido impedido el acceso, sino porque se le ha dado tanto, y de manera no organizada. Será, por tanto, aún un sujeto de masas, pero por exceso de democracia.

A propósito de democracia y cultura: muchas nuevas teorías económicas invitan, en efecto, a considerar valores intangibles como la felicidad y el bienestar moral como parámetros de riqueza. ¿No cree que esto pueda añadir una nueva significación al producto cultural o por lo menos suministrar un argumento adicional en el debate sobre el valor económico de la cultura, atascado aún entre los disensos cruzados de quienes sostienen que «con la cultura no se come» y aquellos que, por el contrario, anhelan que permanezca como actividad libre, con un fin en sí misma?

Ciertamente incorporar en el PBI los consumos culturales, pero también el nivel de educación de los ciudadanos, es un modo de reaccionar ante aquella ausencia de sentido crítico individual, sobre la cual se funda, en última instancia, la crisis general de la sociedad. Hablar de felicidad, sin embargo, es embustero, porque refuerza uno de los presupuestos de la decadencia actual, es decir, la idea que todo —desde la publicidad al espectáculo y hasta la política— deba proponerse, precisamente, como una venta o un regalo de felicidad.

La gran tragedia del mundo moderno comenzó con la Declaración de la Independencia americana, que es la primera en haber incluido entre los derechos fundamentales del individuo aquel de la «búsqueda de la felicidad». Gran ingenuidad de sabor masónico. La felicidad es uno de los conceptos más vagos que existen —para uno es tener un montón de dinero, para otro encontrar el amor y así sucesivamente— y la idea de que el poder deba

garantizar algo tan vago es terriblemente engañosa, ya que basta multiplicar la oferta, ampliarla a todo lo que puede producir satisfacción: he aquí la crema que te hará parecer más bella, el auto que te volverá el más envidiado, el trabajo que te hará más rico.

Los constituyentes americanos tendrían que haber escrito, al contrario, que el deber de un gobierno es el reducir al mínimo la infelicidad. Porque la infelicidad es innegable y la misma para todos: es el dolor en las vísceras, la traición de un amigo, la muerte de un ser querido. Es la locura de Medea que mata a sus hijos para vengarse del abandono del amado. Un gobierno que se proponga evitar todo esto sabría qué hacer: asegurar asistencia médica, evitar que el niño problemático se sienta excluido, disminuir los accidentes automovilísticos, y así sucesivamente.

Esto es: se sabe muy bien cómo reducir la infelicidad, pero no se sabe en absoluto cómo producir felicidad. Basar todo sobre la oferta de la felicidad, entonces, es un engaño extremo, porque nos retiene en el eterno presente, en la satisfacción del momento, en la tibieza egoísta del calor de la manta de Linus, algo que puede darme felicidad a mí y sólo a mí, hoy y probablemente sólo por hoy.

Lo mismo para la comunicación: mejor mostrar la infelicidad que promete felicidad. Quien fuera hoy capaz de mostrarme una serie de infelicidades que existen haría un trabajo cultural. Quien, por el contrario, me promete por pocos euros una felicidad improvisada, no hace otra cosa que continuar a hundirme en el presente como un sapo aplastado en la carretera.

La eterna promesa de felicidad es también el prelude de una eterna carrera para obtenerla. Quizás no es casualidad que entre el show de talentos y la auto publicación, pareciera ahora que no hay destreza artística o cultural que no deba ser sometida a competencia. ¿Qué piensa de esta creciente declinación agonística de la cultura?

Que existen grados. Van desde el desfile del vanidoso, de quien está interesado sólo en poder ser reconocido en el bar de la esquina, a quien, por el contrario, lo impulsa un genuino deseo de expresión personal y, por lo tanto, ahorra, tal vez hace sacrificios y publica él mismo su propio libro. Ciertamente es que, leer dos páginas mecanografiadas frente a tres jueces, uno que las evalúa maravillosas, el otro indecentes, no significa someterse a juicio, ni mucho menos invitar al otro a ejercitarlo, sino sólo dar a entender un espíritu de lucha de apariencias por

una inexistencia crítica y alimentar aquella perpetua toma de la palabra que, lo repito, termina privando de cualquier real consistencia cultural.

Sin embargo, existe una demanda de cultura, de otro modo el marketing no se molestaría en crear determinados formatos. Los festivales culturales, por ejemplo, parecen ser capaces de cubrir al menos una parte de esta necesidad.

Sí, absolutamente. En esta tremenda situación, el éxito de los festivales, donde la gente paga para ir a escuchar conferencias sobre Platón, es el indicio de un público existente, aunque en un pequeño porcentaje, que advierte un profundo malestar y reacciona, buscando espacios para satisfacer la propia necesidad de cultura y de confrontación. La televisión ya no puede hacerlo, ni tampoco la industria editorial, que confunde sobre el mostrador el libro de cocina, uno de chistes y *La Ilíada*, entonces se buscan sustitutos.

Para concluir: hace un tiempo Usted sostenía que los e-book podían funcionar para los libros de consulta, pero no para los libros de leer por placer. ¿No ha cambiado de idea?

No he cambiado de idea, pero considero que si me cortan una pierna, está bien que use una prótesis. Por eso, si debo partir en un largo viaje y no puedo meter en la valija diez libros, viene bien la posibilidad de descargarlos todos, y también algunos más, en mi *iPad*. En cuanto regreso a casa, sin embargo, retomo inmediatamente los libros de papel. Porque sobre el libro puedo hacer orejitas, puedo subrayarlo, puedo hojearlo años después y reencontrar las huellas de una lectura precedente. Puedo huir del eterno presente. Y no es poco.